

CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO
 DECANO DE LOS PERIODICOS ILUSTRADOS

Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR

AÑO III
Nº 115
 Mayo 10 de 1896.

PRECIOS SUSCRICION
 MONTEVIDEO DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1.00
Seis meses	5.00
Un año	9.00

EXTERIOR
 Los mismos precios en moneda equiva.
 lente con el aumento del franquico.
 Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
 SE PUBLICA LOS DOMINGOS.
 Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
 MONTEVIDEO.

Personajes célebres
 DE LA LEYENDA
 EL REY GAMBRINUS



Rey más famoso que el Cid,
 lozano, gordo y hermoso
 á quien hizo tan famoso
 el cultivo de la vid.

SUMARIO

TEXTO—Zig Zag, por Nemo—El asno de Buridán—
«Luisa», por M. de Lyden (continuación)—Las
niñas interesantes, por Anco Kallio—*Specimen*
del género, por Melitón González—Teatros—por
Re-Bemol—Sport, por Zapicán II—Publicacio-
nes—Correspondencia particular—En pretérito
perfecto, por Arturo Giménez Pastor.
GRABADOS—Personajes célebres. El Rey Gambrinus—
por Wimplane II—Para Ellas: señorita de Escar-
do—El asno de Buridán—y varios intercalados
en el texto, por Aurelio Giménez.

ZIG-ZAG



Ya ha quedado plena y claramente expli-
cado el incidente de Santa Lucía.

La colecta y envío de siete voluntarios so-
licitados, en vista de la escasez de ellos,
por el coronel Echeverry, digno jefe del ba-
tallón de cazadores más sobresaliente y
mejor disciplinado en esta clase de cacerías,
y generosamente donados por el señor Pan,
Prefecto gordo, pero rumboso.

Se trata de una simple equivocación.

Las filiaciones enviadas por el jefe de los
cazadores para identificación y reconoci-
miento de los desertores solicitados coinci-
dieron ¡habrá casualidad! con las de los ve-
cinos en cuestión, y de ahí todo.

La inocente policía extraviada los apre-
hendió sin segunda intención.

De lo cual resulta evidentemente probado
que en todo esto maldito si tienen culpa ni
pecado las pobres autoridades que son al fin
y al cabo las que pagan el pato, ó la *peta*.

¡Es claro! La culpa es de los vecinos esos.
¿Quién les manda tener las narices pareci-
das á las de los desertores? Es la policía
quien hizo á uno trompudo, ó al otro bizco,
ó al de más allá peludo?

¿No?

¡Pues!

Si lo contrario se afirmase, llegaría el ca-
so de que se culpára á la policía porque Don
Juan Excelencia es ñato ó porque Brian es
feo.

Y esto no puede ser. Cuando más, si no
tienen ellos la culpa de estás anomalías
fisionómicas, la tendrán sus papases, los
autores de sus días y de sus caras, que así
los dejaron en el mundo escasos de nariz
ó de hermosura.

Y conste que esto lo digo en carácter de
loable y doloroso esfuerzo en pró de la ver-
dad y la justicia, porque por lo demás oigo
una voz interna que me está diciendo:

—Más bien guarda lo que dices
de Don Juan, pues dicen que
el que es ñato nunca ve
más allá de sus narices.
Y ten al hablar más calma
y no digas á Brian feo,
que la cara, á lo que creo,
es el espejo del alma!

Pero yo como si tal. Cuando se trata de

abogar por la razón y la inocencia, no me
arredra nada; ni la ñatura de Don Juan, ni
la mismísima alma de Brian,

Y la razón y la inocencia están en este
asunto, como acabo de demostrarlo eviden-
temente, de parte de la policía vilmente en-
gañada por semejanzas imprudentes.

La verdad es que para evitar cosas así, de-
bía obligarse á los padres de familia á que
fabricasen sus hijos por completo diferentes
á los hasta hoy nacidos.

Y para mayor seguridad, obligarles tam-
bien á presentar el proyecto de hijo á una
autoridad encargada de corregirlo, ó aprobar-
lo si reunía las condiciones requeridas.

Esta autoridad podía ser representada por
el Dr. Brian, cuyo delicado gusto artístico es
conocido y bien probado últimamente con la
subvención á Ferrari; y en todo caso, actua-
ría como asesor *Monsieur*, que ha estado en
París.

Así constituida la Comisión Fiscal de Pro-
yectos de hombres, presentarían los agracia-
dos por la Naturaleza con el título de padre
sus proyectos de hijos á la inspección de tan
conspicuas eminencias.

—¿Se puede?

—¿Qué quiere usted? preguntaría Brian.

—Aquí traigo este proyecto de hijo que
pienso fabricar para mi uso particular; y
cumpliendo las prescripciones de...

—Bien, bien. Veamos el cachorro.

—*Oui: voyons le cachorre, repetiría Mon-*

sieur.

Una vez examinado el proyecto se entabla-
rían diálogos al tenor de este:

—¡Hum! Tiene las narices largas... No
puede ser así su hijo.

—¿Cómo no que puede ser!

—Digo, que no puede quedar con esas na-
rices.

—¿Y de dónde sacamos otras?

—Deje Vd.; voy á aboyárselas.

—Pero señor! Por Dios...

—Nada; pueden confundirse con Costa Gu-
tierrez y...

—Déjele usted por lo menos un agujero...

—Vaya, hombre... Se las torceremos para
un lado...

Pero no; luego pueden confundirlo con Mu-
ró. Decididamente, lo mejor es dejarlo sin
narices!

—¡Pero señor!...

—*Sans nez!*

—Por favor!...

—Mire usted, concluiría Brian; yo que es-
toy en la cosa le aseguro que para los o-
res que hoy se sienten en esta tierra, más
le vale á su hijo no tener narices.

Y así por el estilo.

Pero se evitarían confusiones lamentables
como la de que hablábamos y no caerían
culpas ajenas sobre la desgraciada policía,
que, lo repito, y conmigo el señor Ministro
de Gobierno y el señor Pan, sólo ha hecho
la barrabasa á causa de la semejanza de
filiaciones.

Lo cual demuestra que el mundo está muy
mal arreglado para que puedan funcionar
las policías.

Porque eso de que todos los hombres ten-
gan nariz, ojos, boca y disgustos, es para
confundir á cualquiera.

Ahora *El Nacional*, acumulando cargos,
hace notar que todos los voluntarios de San-
ta Lucía son blancos.

¡Otra que tal! De todo se valen estos dia-
rios de la oposición para fustigar al Go-
bierno!

¿Quién tiene la culpa de que esos sujetos
sean blancos? ¿El Gobierno, la Policía, ó
ellos?

¡Ellos! Pues entonces ¿por qué echarle la
culpa á la Policía ó al Gobierno?

Por otra parte, el señor Pan lo ha dicho,
todo el lío tuvo origen en la semejanza de fi-
liaciones.

Y aquello se explica. De fijo decía en las
papeletas; «Color—Blanco» y de ahí que ca-
yeran los blancos en la colada.

Por último, para que se vea con qué es-
quisita atención trata el Coronel Echeverry
aún á los desertores, sepan ustedes que los
traen en la jardinera del batallón.

Por más que esto de que la jardinera per-
tenezca al batallón 4.º parece una anomalía.

Pues parece bien, lectores,
que siendo una *jardinera*
el coche, perteneciera
mejor al cuerpo de Flores.

..

Dicen que el General don Ricardo Café Es-

tevan se queja amargamente de los fraudes
que en el ejercicio del sufragio cometen las
autoridades de San José.

¡El general Café Frio se queja de fraudes
electorales!

¡Pobre!

¡Parece mentira!

Pues cuando los cometa él, de encargo,
bien pudo haber recordado las palabras del
Evangelio, ó estas parecidas á las del Evan-
gelio:

Ya que en lío mal oliente te has metido,

Recuerda esto, Café Frio y no lo olvides.

«Con el mismo Café frío con que mides,

Con el mismo buen café serás medido!»

..

De *El Día*.—

«*El Dr. Devincenzi*—Este facultativo que
tenía á su cargo el Lazareto sucio de la Isla
de Flores, en cuyo carácter ha prestado exce-
lentes servicios, pasó á desempeñar» etc.

El Dr. Devincenzi ha prestado servicios en
carácter de lazareto sucio?!

Pues señor! Vaya con los
servicios que habrá prestado
en tal carácter... ¡Cuidado,
caro colega! ¡Por Dios!

NEMO.



(VÉASE LA CARICATURA)

Un filósofo, estudiando
eso del libre albedrío
que es, créelo lector, un lío
que al mejor deja dudando,
hace ya tiempo que un gran
problema al fin formuló
problema que se llamó
de «El asno de Buridán.»

Supone el sabio citado
un asno, de ganas lleno,
entre dos montones de heno
bien iguales colocado.
Pero tan iguales que
medidos y examinados
y mirados y pesados
los montones de que hablé,
ni Curiosidad ni Ciencia
empeñadas en buscar,
puedan entre ellos hallar
la más débil diferencia.

Y ahora, en tal situación,
pregunta: ¿el asno qué hará?
¿por cual se decidirá?

Esta es, lector, la cuestión.
Hay quien supone que siendo
igualmente apetitosos
y abundantes y sabrosos,
quedará el asno sufriendo;

y sin poder decidir
la duda cruel que lo atañe
aunque el hambre se lo exige,
de hambre llegará á morir.

Y esto discuten porfiados
muy sapientísimos labios
sin que logren los más sabios
darse al fin por enterados.

Ahora bien; se halla hoy Don Juan
por casual combinación,
en la misma situación
que El Asno de Buridán.

De Rocha un jefe le invita
á fiestas de encantos llenas,

y otro jefe con muy buenas promesas le solicita.
Y á entrambos Jefes Políticos debè complacer y duda sosteniendo lucha ruda en estos momentos criticos. Ambos comida abundante ofrecen al tragadero y vinos de lo primero... ¡La duda es mortificante! A ambos lados, pues, matambre y asados, guisos, lechones, y pucheros y jamones, se ofrecen á su real hambre. ¿Qué hacer en tan duro afán, en duda tal que es la muerte? ¿Llegará á sufrir la suerte del Asno de Buridan? Pensarlo es no conocerlo. Suponerlo es no pensarlo y ridículo es dudarlo y dudarlo es ofenderlo. ¿Qué hará Don Juan? ¡Vive Dios! Pues es la solución clara! A buen tiempo, buena cara, y comer lo de los dos!



LUI SA

ESTUDIOS SOBRE LA MUJER

Por E. M. DE LYDEN

(TRADUCIDO EXPRESAMENTE PARA «CARAS Y CARETAS»)

(Continuación)

XIV

—Cárlos, continuó Luisa dirigiéndose á su hermano que se adelantaba hácia ella y parecía querer acompañarla para salir; eres mi hermano, y bajo este título me debéis ayuda y protección; lejos de eso, has participado y talvez estimulado los desórdenes de mi marido: no aceptaré tu brazo: sola he venido, sola me iré.

—Sin embargo, yo no puedo...

—Si crees tener que cumplir algún deber en este asunto fatal, ve á ver á nuestra madre y dile lo que sabes; yo voy donde hubiera debido quedar siempre, á casa de mi marido, y Dios me inspirará sin duda para conjurar la horrible desgracia que me amenaza.

Después salió tranquila en apariencia, pero digna, sin que ni Cárlos ni Mme. Ferrand se atreviesen á añadir una palabra.

Al mismo tiempo que reconocían su hermano y su rival cuánta razón tenía la joven, habíanse, sin embargo, ofendido del tono con que aquella les hablara, y Cárlos, sobre todo, se sentía muy poco dispuesto á mezclarse más en este desgraciado asunto.

—Después de todo, dijo á Mme. Ferrand, ella tiene la culpa. ¿Qué necesidad tenía de venir á reclamar á su marido hasta aquí?... Y sobre todo, ¿á mí qué me cuenta de la conducta de Marcial? ¿Acaso soy yo su Mentor? ¿Me lo han dado á mí á guardar?

Como tengo tanto placer cada vez que le veo aquí... á vuestro lado... yo... que os amo tanto!...

—En verdad, caballero, respondió Mme. Ferrand, cuyo corazón era aún accesible á los buenos sentimientos; en verdad que os admiro! ¡Cómo! ¡cuando vuestra hermana está desesperada por mi causa, cuando vuestro cuñado va á morir tal vez por culpa mía, venis á hablarme de vuestro amor? ¡Ah! ¿no tenéis nada aquí? dijo; dándose en el pecho con vehemencia.

—¿Pero, qué queréis que yo haga? vamos á ver....

—¿Lo que quiero? ¿Lo sé yo acaso? Pero es preciso que ese combate no tenga lugar.... Ante todo tengamos energía.... váis á ir ahora mismo á casa de Mr. d'Herry.

—Yo á casa de mi rival!

—Me dais lástima con vuestra rivalidad. ¿Acaso sois aquí rival de alguno? Se os tolera y nada más. Sabedlo pues de una vez para siempre. Se trata de ver si merecis ese favor.—Así pues, corred á casa del coronel á decirle.... Pero no.... eso no serviría de nada.... no os recibirá.... Iré yo misma, y será mejor. En cuanto á vos, id á ver á los amigos de Mr. Deslandes, á Mr. Camphrinet, de quien me ha hablado tantas veces.... ¡Ah! corred ante todo á casa de Mr. Lemaire: es un hombre honrado, os aconsejará, os ayudará.... Después venid á decirme lo que se haya hecho. Vamos, vamos, energía, corazón; se trata de reparar el mal que hemos causado.

—¡Oh! ¡nosotros!....

—Sí, sí, nosotros.... ¿Acaso, como hermano de Luisa, no hubierais debido?... Pero no se trata de eso; cumplid vuestro deber, yo cumpliré el mio.

Al mismo tiempo que Mme. Ferrand hablaba así, habíase puesto un sombrero y un chal, habla mandado á su doncella que fuese á buscar un carruaje,



y media hora después llamaba en casa del coronel d'Herry, mientras Cárlos refería á Mme. Lemaire lo que había pasado, y Luisa esperaba en su casa llena de mortal angustia á su marido.

XV

Mr. Deslandes salió de casa de Mme. Ferrand sin proyecto alguno fijo, á no ser el de batirse con Mr. d'Herry; pero todo desafío exige testigos; su primer cuidado fué pues el procurárselos.

Al principio pensó en Mr. Lemaire, el cual ciertamente le era bastante adicto para negarle un servicio de esta naturaleza; pero hubiese sido preciso explicar las circunstancias de este duelo á su antiguo amigo, á quien había además dejado de ver desde sus relaciones con Mme. Ferrand.

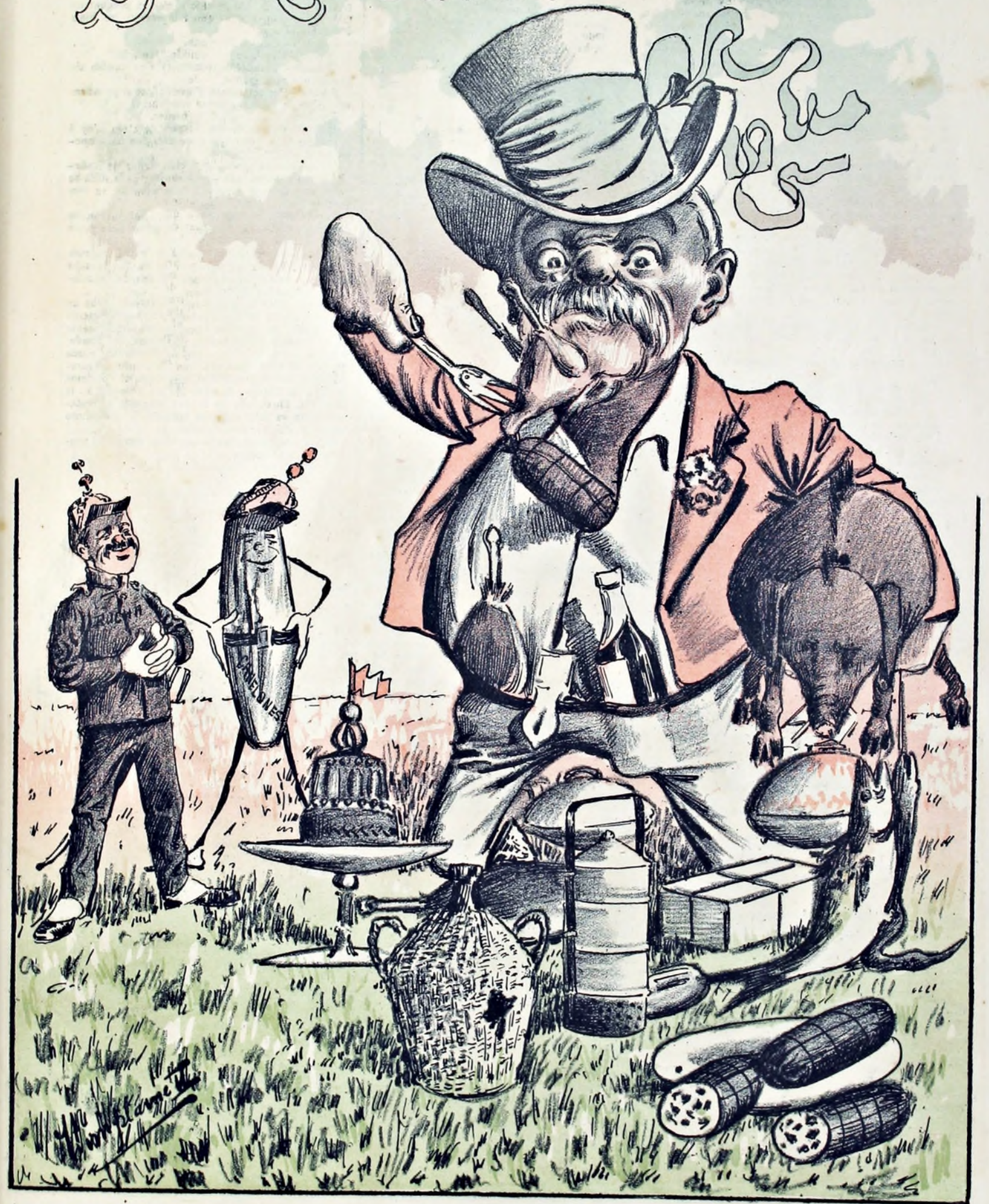
Ahora bien, como Mr. Lemaire no había ocultado á Mr. Deslandes su disgusto, la confesión era mucho más difícil. Luego, en casa de este amigo fué donde el marido de Luisa vió por primera vez á la cantatriz; Mr. Lemaire le presentó á la misma que era la verdadera causa de este combate, porque Deslandes no podía menos de confesarse que los celos solamente le habían inspirado las fatales palabras de que el coronel se vengara tan cruelmente.

La elección de Lemaire como testigo parecía pues imposible. Deslandes recurrió entonces á dos compañeros, músicos como él, con los que creía poder contar, y entró en su casa para escribirles, previendo el caso de que no los hallara, porque era preciso pensar en todo para no perder el tiempo.

Luisa, inquieta en extremo, esperaba, contando los minutos y preguntándose con terror qué podría hacer para impedir el combate fatal.

Lo hemos dicho; la energía de la joven sólo se

EL ASNO DE BURIDÁN



Cual lo veis se halla don Juan
 por casual combinación,
 en la misma situación
 de El asno de Buridán.
 De Rocha un jefe le invita
 á fiestas de encantos llenas,
 y otro jefe con muy buenas
 promesas le solicita.

¿Qué hará él en tan duro afán,
 duda tal, que es la muerte?
 ¿Cará á sufrir la suerte
 del burro de Buridán?
 ¿Qué hará don Juan? ¡Vive Dios!
 La solución es clara!
 Buen tiempo buena cara,
 comer lo de los dos!

presentaba en las grandes ocasiones; pero entonces tomaba un carácter de grandeza que hacía de la apática Luisa una mujer verdaderamente notable; ya hemos visto que se armó de valor para ir y de resolución en casa de Mme. Ferrand. Estos sentimientos, lejos de debilitarse con la reflexión, habían por el contrario, crecido; así fué que recibió á su esposo sin temblar demasiado, sin palidecer.

Una hora de paseo al aire libre y de serias reflexiones, habían cambiado singularmente á nuestro músico, que, por lo demás, no podía desconocer y no desconocía, en efecto, su culpa. Tal vez se hubiera alegrado en aquel instante de no ver allí á su mujer; pero desde el momento que ésta se hallaba allí, tranquila en apariencia, más bien humilde que altiva, no espresando su mirada sino un gran dolor, no pensó en evitar la explicación; miró un instante á la pobre mujer sin decir una palabra, y le alargó la mano.

Luisa que temía recriminaciones, se consideró dichosa y arrojándose en sus brazos le estrechó con todo su corazón, sin vaciar.

—Amigo mio, le dijo despues haciéndole sentar; mi loca precipitación ha sido causa de una gran desgracia; os pido que me perdoneis.

Deslandes se conmovió profundamente. Sin duda la presencia de Luisa había originado la catástrofe, pero, despues de todo, ¿quién tenía realmente la culpa? El mismo.

—No me pidas perdón, respondió tomando la mano de su mujer. Sí, tú has sido mal aconsejada, pero yo...

Luisa, previendo que iba á acusarse le interrumpió.

—Por ahora, amigo mio, no nos preocupemos más que de lo que hemos de hacer... Vas á bati- rte... añadió con voz ahogada.

—¡Oh, sí, cien veces sí!

El corazón de Luisa se oprimió dolorosamente.

—Si yo te suplicase que no lo hicieras, ¿me lo concederías?

Deslandes hizo un signo negativo.

—Eso es lo que pensaba, continuó Luisa. Y por lo mismo he tomado una determinación

—¿Qué has hecho? ¿Supongo que no habrás dicho nada á tu pobre madre?

—No; es inútil hrcerla participar de nuestras penas... Pero para batirse se necesitan testigos... He oido decir que, generalmente era preciso decirlo todo á los testigos...

—En los casos ordinarios, sí; pero...

—He creido que era inútil iniciar á los extraños en nuestros dolores y te he buscado dos testigos que nada tendrás que decir.

—¿Tú?... ¿Y dónde los has buscado? Supongo que no serán Mr. Lemaire ni Mr. Camphrinet...

—No; mi hermano y un amigo suyo.

—¿Carlos? ¡No le quiero!

—No; no es Carlos, sino Eduardo...

—Y sin duda le has dicho...

—Le he dicho lo siguiente: «Han insultado á tu hermana delante de su marido; ha tomado mi defensa y se bate; ven; tráete un amigo, y no me pidas más explicaciones.»

—¿Y no has dicho nada más?

—No, ¿para qué?

—Eres un corazón leal que he desconocido, mi querida Luisa.

—Y tú tienes un buen corazón que no he sabido comprender.

Y ambos esposos, presa de la misma emoción, se abrazaron llorando.

(Continuará)



Las niñas interesantes

Hablando Rodrigo Eneas con Escolástico Migas de unas niñas, sus amigas, riquísimas aunque feas,

decía:—Vaya; bastantes hay más feas, y no gritas; estas no serán bonitas mas son muy interesantes. —Deben serlo mucho, pues —Contestó Migas—hasta ahora todo el que á alguna enamora lo hace por el interés.

ANCO KALIO.



Señor Director de CARAS Y CARETAS.

Siéntese á mi vera y vaya tomando nota.

El tribunal de exámen está constituido; el presidente, con los periódicos del día sobre la mesa, está dispuesto á leérselos todos desde la cabeza hasta el pié de imprenta, á fin de evitar la audición de unos exámenes, cosa por demás molesta.

El vocal tiene infinidad de asuntos por resolver durante las horas de examen; unas veces en Secretaría, otras en el cuarto de profesores, y muchas revolviendo los volúmenes de la Biblioteca; por eso sólo va al tribunal cuando el presidente le manda recado por el bedel, para decirle: «ahí queda eso, en seguiea vengo.»

Queda, pues, el profesor de la asignatura dueño absoluto del campo, como Sancho en su Insula Barataria.

Profesor — ¿Don Joaquín Rodajas Dadiyoso?

Joaquinito — Servidor de usted. (Con aire resuelto se sienta en la silla. El profesor le sonrío. Se conocen particularmente).

Profesor — Vamos á ver; despacito y no hay que aturdirse: Porosidad; ¿Qué se entiende por porosidad? Fíjese usted bien. (Joaquinito calla). Vamos, hombre; si eso lo sabe usted. La propiedad que tienen los cuerpos de... de... (indicándole los agujeros de la salvadera).

Joaquinito — (Disparándose). La propiedad que tienen los cuerpos de tener agujeros.

Profesor — Bien comprendido, pero mal expresado. Agujeros ó intersticios pequeños en su interior ha querido usted decir, ¿verdad?

Joaquinito — Sí, señor.

Profesor — Muy bien. ¿Ve usted como lo sabía? Vamos á ver si me dice usted qué se entiende por capilaridad.

(Joaquinito se revuelve en la silla; mira al suelo y al techo sucesivamente por espacio de algunos segundos).

Profesor — Pero hombre, ¿si está usted cansado de saberlo! ¿No ha ido usted nunca al café? ¿No se ha fijado en lo que hace el café cuando se moja un terrón de azúcar?

Joaquinito — (Volviéndose á disparar). Sí, señor; porosidad es la propiedad que tiene el azúcar de hacer subir el café.

Profesor — Bien, bien; no sólo el azúcar tiene esa propiedad; hay otros muchos cuerpos que están en el mismo caso. ¿No es así?

Joaquinito — Sí, señor.

Profesor — Muy bien. Está perfectamente.

Diga usted; mateabilidad es la propiedad... que tienen los cuerpos?... de?... extenderse?... en?...

Joaquinito — Que tienen los cuerpos de tenderse en el suelo.

Profesor — ¡Hombre! ¡por Dios! Se precipitan ustedes y deslucen un examen, sabiendo las cosas... «de extenderse en láminas.» ¿No es así?

Joaquinito — En láminas; sí, señor.

Profesor — ¿Y tenacidad?

Joaquinito — La propiedad que tienen los cuerpos de... de... de...

Profesor — Vamos, recuerde con calma; de... (figurando con el puño el movimiento de un martillo).

Joaquinito — ... De dar puñetazos.

Profesor — Al contrario; de resistirlos sin romperse. Quien dice puñetazos, dice cualquier otro golpe. ¿Verdad?

Joaquinito — Sí, señor.

Profesor — Está perfectamente. ¿Cuándo se hiela el agua?

Joaquinito — En invierno.

Profesor — No quise preguntar eso. Usted ha contestado muy bien. Yo he sido el que ha preguntado mal. Quise preguntar «¿qué temperatura se hiela ó congela el agua?»

Joaquinito — Cuando hace frío.

Profesor — Muy bien, ¿Y cuándo hace frío?

Joaquinito — Cuando los termómetros se quedan sin grados ó á cero grados.

Profesor — Perfectamente. (Volviéndose al presidente). ¿Qué le parece á usted este chico?

Presidente — Está regular de carnes.

Profesor — Es uno de los mejores de clase. Voy á ver si puedo levantarle la nota para que haga oposición al premio.

(Al examinando). —Vamos á ver, señor de Rodajas, si me contesta usted bien á esto; pero nada de azorarse, y como si estuviese en el seno de su respetable familia. ¿Qué es el ruido?

Joaquinito — El ruido... es... la... el... son los golpes que se pegan contra cosas que suenan y que luego se oyen.

Profesor — Al espresarse confunde usted la causa con el efecto, pero no está mal; se ve que lo sabe usted aun cuando la explicación no sea del todo correcta, porque los sonidos...

(Y aquí toma la palabra el profesor y echa un discurso acerca de las ondas sonoras, la propagación del sonido en diversos medios; su movimiento en el interior de los tubos; velocidad del sonido; vientres y nodos; placas vibrantes; sirena, y una porción de cosas más que Joaquinito sabe, seguramente, á las mil maravillas, pero que el profesor se toma el trabajo de explicar en obsequio á la brevedad. De cuando en cuando pregunta el profesor: «¿No es así?» «¿No es verdad?» Y Joaquinito contesta «Sí, señor» «Sí señor».)

El examen se termina con un «Está muy bien; puede usted retirarse.»



Profesor — ¿Don Pedro Gómez Manocerrada?

Gómez — Servidor de usted.

Profesor — (Dando golpecitos con el mango de la pluma sobre la mesa y sin mirar al examinando).

—Propiedades físicas de los cuerpos, dependientes de las posiciones de sus partículas.

(Gómez se queda absorto. Por vez primera en su vida le apuntan con aquella arma. Sigue un silencio horrible. El profesor continúa sus acompasados golpes con el mango de la pluma). ¿No lo sabe usted? Pues me parece que la pregunta está bien clara. «Propiedades físicas de los cuerpos, dependientes de las posiciones de sus partículas.»

(Sigue otro silencio).

—Pasemos á otro asunto. Movimiento vibratorio molecular y estados á que conduce.

(Otro silencio).

—Esto lo he repetido en clase infinidad de veces durante el curso. No le prague á usted ningún arco de iglesia.

Dígame usted, entonces, ¿en qué consiste el movimiento aéreo interno tubular acústico?

(Silencio).

Veo que no sabe usted una palabra. Puede usted retirarse.

Gómez ha salido *suspense*, y con justicia.

Ya ha visto usted que no ha contestado ni palabra.

Joaquinito Rodajas contestó bien, bastante bien; como que ha merecido la calificación de sobresaliente. Hay quien asegura que las preguntas hechas á uno y á otro vienen á ser lo mismo en el fondo.

Siendo así, no hay por qué hablar de injusticias; Joaquinito contestó; Gómez no contestó. Luego el fallo del tribunal es justo.

Digo yo.

Y si no, que lo diga el profesor de la asignatura

MELITÓN GONZÁLEZ.



¡Vive Dios que está comiéndose una verdadera é inicua torpeza, no asistiendo en mayor cantidad á *Los granaderos*, esto que llamamos público y que se prensa como dátiles en caja para ver hamacarse á la Geraldine y deja abandonados en cruel soledad á la Reiter y Andó!

He aquí una opereta bonitilla, muy bien interpretada, y presentada con un lujo que nunca hemos visto ni aún en compañías de ópera que cobran tres pesos el sillón, y he ahí que todo esto sube á la escena para medio teatro á lo más.

¡Qué caramba! Hay que apreciar estos cuidados en la presentación escénica no solo porque dan por resultado un espectáculo agradable y hermoso, sino porque denotan de parte de la empresa respeto al público y loable deseo de corresponder al favor que le... que no le dispensa (rectificación esta que lo hace más loable aún.)

Hay que ver en *Los Granaderos* aquellas preciosas decoraciones del primero y tercer acto, obras de arte escenográfico; hay que ver aquellas cien personas uniformadas y armadas lo bastante notable y rica y escrupulosamente para hacer de Tomba un apreciable candidato á Ministro de la Guerra; hay que ver aquel desfile de granaderos por las breñosas rocas; hay que ver en aquel final de 2.º acto el acompañamiento de choques de espadas. Hay que ver todo esto!

Pero hay que verlo ¿eh? Y cuenta que lo repetirán.

La otra novedad de la semana hubiera sido *Cavalleria Rusticana* si la enfermedad de Di Rubeis no nos obligara á suspender nuestro juicio hasta que la repita restablecido, porque Di Rubeis es muy capaz de cantarla retebien. ¡Vaya si es capaz!

Por lo que toca á la señora Paoli, cumple decir que mereció sinceros aplausos en su papel de Santuzza. ¡Pero miren ustedes que tenía voz metida dentro esa señora! Verdad es que allí cabe mucha.

En cuanto á la orquesta, hay que confesar que lo hizo mejor que algunas de pretensiones. Se hizo repetir el *intermezzo* y quedó reconocido que el maestro Lambiasse lo entiende como el que más.

De fijo que esta noche se llena Solís, dése la obra que se dé.

Basta que sea domingo. Decididamente no saldremos nunca de cursis.

Y ya que de domingos se trata, no he de concluir sin declarar que en la *Stella d'Italia* y en el *Casino Familiar* se pasan excelentes ratos los domingos.

En el primer teatro los esposos Benatti interpretan muy bien desde *El despojador de cadáveres* (¡horror!) hasta *Hamlet* y *Otello*; y en el segundo el discreto cuadro de aficionados representará hoy el *Juan José* de Dicenta, bien, de seguro, dados los antecedentes.

¡Ah! Se me olvidaba.
¡San Felipe sigue funcionando!
¡Es portentoso!

RE-BEMOL.

Sport

Una reñida lucha promete ser el Premio Comparación, distancia 2000 metros, en el que se disputarán la victoria animales de la talla de Imperio, Montevideo, Gladiador, Motinero, Olímpico, Cuñatay, Tic-Tac, Junot, y la pensionista del Stud Oriental, la cual hará su debut en esa carrera.

Si Imperio se presenta en buenas formas, no dudamos que el triunfo será para el cosa fija, pues creemos que Montevideo dándole cinco kilos no le podrá ganar.

Con pesos parejos nos gustaría igual Imperio y no dudáramos en pronosticarlo como lo hacemos en la presente vez.

Las otras cuatro pruebas son también muy interesantes á pesar de lo cual nos abstendremos de entrar en apreciaciones respecto á ellas y sólo daré á conocer mis pronósticos, que son los siguientes:

- Premio Jónica—«Anarquista.
- Idem Financiera—«Mary».
- Idem Comparación—«Imperio», si corre; sino «Montevideo».
- Idem Reverie—«Cuarterlero».
- Idem Motinero—«Zig Zag».

ZAPICÁN II.



INTERROGATORIO

- ¿Su gracia, caballero?
- Prudencio Rodríguez.
- ¿La suya, caballero?
- Ciriaco Menéndez.
- ¿Y la suya?...
- ¿Mi gracia? Dar vueltas de carnero en mis momentos de alborozo, caballero.

KIEL

PUBLICACIONES



Nos visitó el sábado el primer número de *La Cruzada*, nuevo colega político, interesante, muy culto y redactado por Manuel Bernárdez, que es como decir que lo redacta la Musa con bigotes.

Un periódico que aparece bajo la dirección de un literato de tal talla, tiene que ir lejos.

Y si va tanto como se lo deseamos... Vamos; que no habría quien lo alcanzara.

Nuestro cordial y afectuoso saludo al compañero. Hemos recibido también el N.º 81 de *La Ilustración Sud-Americana* (edición uruguaya) interesante y lujoso como todos.

Trae en la portada un excelente retrato del General Tajes, de perfecto parecido.

Y no decimos, empleando el modismo vulgar, que «está hablando», porque entonces ya no estaría parecido.

Correspondencia Particular

J. F. Coronel—Montevideo—
¡Habrás séres ordinarios!
Le proclamo á usted J. F.,
candidato para jefe
de un cuerpo... de presidarios.

Un tigre—Id.—
Convencido le aseguro
que debió nacer carnero;
y que usted es más embustero
que el mismo Julio el impuro.

Etc. Etc.—Id.—
Vaya; eso de juicio saca
¡Con que Continuará? ¡Error!
Continuará... si el lector
no coje pronto una estaca.

A. Peza—Mercedes—
¡Demonio! Hay que echarle un galgo
al *calembour*, y es sensible:
porque juro que es posible
que llegue usted á hacer algo.

Garrapata—Florida—
No satisfaré su afán
y á desistir le conjuro
¡Si el tercer verso es más duro
que... que un pelo de Brian!



EN PRETÉRITO PERFECTO

San Felipe antaño

CARMONA, CUBAS Y OLIVA

Por esta circunstancia de no ser yo lo bastante viejo para haber conocido á don Julio Herrera y Obes cuando era un pollo á la *haute sion*, que es decir cuando nadie lo conocía, en razón de haberse dado á conocer tal cual es años más tarde, mis recuerdos sólo se remontan allá á los buenos tiempos del año 80, cuando don Francisco Antonino Vidal gozaba del placer de que le *tocaran la tambora*, y andaba aún gente envuelta en los famosos sobretodos *Remington* de don Francisco Piria.

Pero, como quiera, quedaban todavía,—y he de hacerlo notar por si esto pudiera dar un modesto dejo tradicional y un tantico colonial á estos recuerdos,—el viejo ombú en la plaza Constitución, y el célebre *Fuerte* en la que más tarde lo fué de Zabala; sin contar con que los buenos habitantes de la Nueva Troya no habían perdido aún del todo la costumbre de llamar *El Gobernador* al Presidente de la República.

De modo pues que mi memoria no alcanza á la historia artística del San Felipe viejo, y cuando más, apurándola un poco, llegaría á vislumbrar tres ó cuatro trazos sueltos y muy vagos de una representación del «Luis Onceno» por Valero, primera función de teatro á que asistió en su vida este servidor de ustedes, en aquella época esbozado proyecto de hombre.

Al fin y al cabo, aunque sensible, no es ésta circunstancia que pueda desanimarme, porque como quiera, la Historia Moderna, diremos así, del veterano teatro tiene para mí sus cositas interesantes que, si no por lo que pudiera valer, porque tengo ganas, y porque me encanta evocar viejos cuentos, voy á recordar con ustedes.

Ante todo corresponde dejar de lado las épocas de funcionamiento normal, vale decir, las temporadas formales, empezando por la con que se inauguró el nuevo San Felipe, en una gran noche de 1.º de Mayo; sin perjuicio de reparar, en razón de ser muy poco normal, el formidable *fiasco* de aquel inolvidable García que, gritando «Los Diamantes de la Corona» comprometió vilmente el éxito de la temporada, por más que Carmona y Fernández Guizard siguieran haciendo las delicias del inocente público de aquellos tiempos con el *duo* de «El Juramento» aquel de

«Aquí están dos mozos crudos
más valientes que Roldán...»

En aquella categoría entran también las largas temporadas de López Valois y la Tula Castro que aterraban á los corazones sensibles con las desventuras de Camila O'Gorman y se hacían aclamar en «Don Juan de Padilla ó los comuneros de Cas-

tilla,» con exposición final del cuadro de la ejecución.

Pero luego se cerraba San Felipe y ¡aquí de Carmona, Cubas y Oliva!

Cada tanto tiempo, seis meses por lo general, se anunciaba un beneficio de Carmona.

Carmona había saboreado la gloria en sus tiempos. Nadie sacaba de la cabeza á aquellas buenas gentes, que Carmona era el *non plus ultra* de los actores cómicos, y encontraba cosa graciosísima el que fuera tuerto. ¡El diablo que se atreviera á hacer el papel de Ministro en «Los Diamantes de la Corona,» después de Carmona! ¡Pues! ¡Y cuando hacía el marinero en «Marina» y descuajeringaba de risa al público fingiendo caer al agua al retirarse, ó cargaba con el bote á cuestras en la imposibilidad de hacerlo marchar? Por otra parte su *ciutti* era inimitable en aquellas épocas y la cara embadurnada de haína por un movimiento nervioso, al tercer golpe del Comendador, era un éxito ruidoso noche á noche.

De aquí pues que el tuerto Carmona, como le decían, ya algo venido á menos, confiara los cuidados de su subsistencia á sus plácidos admiradores, recurriendo para ello á beneficios periódicos.

Se anunciaba el acontecimiento en prosa y verso, porque nunca faltaron aquellas quintillas con la inevitable súplica á las señoritas, para que concurrieran, y que concluían así:

«Pues viniendo ellas, infiero,
ni uno de ellos faltará,
que dicho es muy verdadero
que en el mundo siempre va
la sogá tras el caldero!»

Luego acudían las buenas gentes; se daba, por lo general, *El Oro y el Moro*; luego Carmona se sacaba el ojo y echaba un *speech* cómico-burlesco-tuerteril del mejor efecto, y concluía la función con la famosa *Casa de campo*, que todavía entonces debilitaba de risa á la gente con aquello de

«Ya cómo, ya bebo,
ya fumo, ya vivo,
ya tengo dinero!»

A todo el mundo le parecían muy graciosas estas funciones y se retiraban encantados hasta la otra, que se anunciaba cuando empezaban á escasear nuevamente los recursos del simpático tuerto. Volvían á aperecer los cartelillos en prosa y verso, como quien dice, literariamente epicenos, repitiendo que en razón de

ser dicho muy verdadero
que siempre en el mundo va
la sogá tras el caldero,

debían asistir *ellas*; volvía á subir á la escena *El Oro y el Moro*, porque en aquel tiempo el público de San Felipe era poco exigente en cuestiones de variedad; tornaba á sacarse el ojo Carmona y á deleitar á los concurrentes con las transformaciones de *La casa de campo*, y cerraba de nuevo sus puertas el viejo teatro hasta nueva orden.

Alternando con Carmona, echaba Cubas su *boladita de aficionado*, cada tantos meses también.

Cubas, después de sus grandes éxitos en Buenos Aires, había entrado también en el gremio de artistas sedentarios, y pagaba con ciertas escaseces, muy comunes en estos casos, el pecado de no haber sabido retirarse á tiempo.

Por lo general, Cubas, menos confiado en el cariño del bondadoso público, recurría á la ayuda de Oliva.

Oliva había nacido para empresario como otros nacen para ochavo, y como entonces no estaban aún lejanos los tiempos en que el activismo y animoso don Francisco Piria remataba relojes, siempre de oro, casualmente, sin público, Oliva arrostraba las contingencias de dar funciones teatrales sin compañía.

De ahí que con algunos cómicos trashumantes y abnegados, emprendiera, también periódicamente, la tarea de hacer conocer al buen público de San Felipe las mejores obras del gran repertorio de zarzuela.

Constituían siempre la *troupe* de la *Empresa Oliva y C.* «la reputada artista señorita Asunción Linares»; el tenor Pastor, un tenor que tenía la cara fruncida de arriba abajo *por mor* de un tajo cicatrizado en forma de jareta plegada; algunas veces «el aplaudido baritono señor Monti», que ya había engrosado un poco; don Antonio Puro, corista de circunstancias y tal que para los casos apurados sabía arrancarse con algo flamenco suspirado por *todo lo jondo*, y Carmona, que no podía faltar.

Con estos elementos inauguraba la «*Empresa Oliva y C.*» sus temporadas, y algunas veces llegaba á eternizarse de tal modo en San Felipe, que al concluir no parecía sino que habían estado doce años representando.

La reputada artista señorita Linares hacía ya compras en la Tienda de San Felipe, por mal nombre *la del Cabezón*, como las vecinas del barrio; y el bari-

tono Monti concurría á las tertulias en la botica de D. Abelardo Rey, el legendario farmacéutico del barrio, y conocía ya la historia del famoso yacaré suspendido del muro hace veinte años.

En razón de ser tan limitado el repertorio como la compañía, Oliva se veía en la necesidad de repetir constantemente las mismas obras, muchas veces «á pedido general», y la temporada se llenaba con *Marina*, *Jugar con fuego* y *Los Madgyares*.

Algunas veces, para variar un poco, combinaba una miscelánea; y después de *En las astas del toro*, cantaba el baritono Monti alguna romanza, en *traje de carácter* para más vista; la señorita Linares desembuchaba otra, y concluía la representación con unas peteneras improvisadas (generalmente muy mal y en honor de las cazueleras) que cantaba el tenor Pastor acompañado con la guitarra por D. Antonio Puro, que parecía dar gran importancia á este acto, según la seriedad y atención que á él prestaba, no obstante lo cual la gente nunca oyó bien su instrumento.

Pero el mejor éxito de la temporada era siempre *Los Madgyares*.

Allá se echaba Carmona á correr por escenario y platea, seguido del gigantesco granadero; salía por el pasillo, saltaba nuevamente por un palco *avant scene*, y producía sensación.

Eso sí, como Oliva se encontraba también siempre escaso de comparsas, veíase obligado á discurrir tan peregrinos como agudos expedientes para suplir esta falta.

Y de ahí que, en la proceión final aparecían dos alabarderos con sus larga sobrevesta y amplias mallas (á los alabarderos de Oliva le venían siempre largas las sobrevestas y anchas las mallas) caminando lentamente al compás de la gran marcha. A diez pasos bien medidos, otros dos, igualmente mesurados y abundantes de ropa; y luego otros dos, á quienes el público malicioso encontraba por lo general mucho parecido con los dos primeros.

Es el caso que al desaparecer de la escena, se echaban ambos alabarderos á correr, tras el telón de fondo, yendo á parar de nuevo al punto de partida de donde salían nuevamente, para repetir la ingeniosa maniobra ideada por Oliva en llegando al otro lado.

Esto, si bien multiplicaba asombrosamente el número de alabarderos, daba por resultado que á la quinta ó sexta aparición en escena todos tomaran á los pobres por asmáticos en acceso, tan sofocados venían, no obstante su paso marcial.

Entonces eran sustituidos por igual número de cardenales, sometidos al mismo ejercicio; de modo que cuando por fin aparecía la reina María Teresa, el público creía haber visto desfilar á todo el censo de la población con largas sobrevestas y mallas anchas.

Era mucha proceión aquella.

Pues, en combinación con esta *troupe* daba Cubas sus beneficios, anunciados también en prosa y quintillas, con súplica á las niñas y demás, en que se hacía presente:

«que viniendo *ellas* primero
no habian *ellos* de faltar,
pues dicho es muy verdadero
que en el mundo así ha de andar
la sogá tras el caldero.»

En aquellos tiempos no se necesitaba ingenio muy vario para estas cosas.

Lo malo es que por lo general no iban ni la sogá ni el caldero; Cubas no tenía tanto partido como Carmona y había de resignarse á cumplir su programa en familia, por decirlo así.

Este programa se componía de *La familia improvisada*, la famosa *Familia improvisada*, uno de los grandes triunfos de Cubas en pasados tiempos; *El avaro ciego* y el caballo de batalla del beneficiado, la canción titulada *Toma mate, ché!* inseparable de Cubas y sus beneficios.

Salía pues Cubas á hacer su *Familia improvisada*, denunciando la faz cierto disgusto sin explicación para el público.

Esta llegaba al primer entreacto. Salía nuevamente Cubas y con aire de reprimida irritación, y un tónico de dignidad ofendida

—Señores:—decía—la señora Tal, que había prometido tomar parte en este acto, por causas que no debo ni es menester que exprese, ha desistido á última hora de hacerlo, sin dar tiempo á que se le sustituya. Por tal razón pido disculpas por...

Por lo que fuera, que siempre era algo. El benévolo público aplaudía al engañado Cubas, y continuaba la representación.

Esto de que faltara un artista á su promesa, como lo de que había de dedicar el beneficio á los oficiales de la guarnición, eran cosas inevitables en todos los beneficios de Cubas.

Era acontecimiento consagrado, como lo de que nunca ha de disparar, al caer, la pistola de D. Alvaro, en todas las *Forzas del Destino* que se han dado desde su estreno acá.

Tal era la vida artística de San Felipe en aquellos felices tiempos.

Algunas veces una compañía intrusa, de *extranjis* hacía su aparición de meteoro.

Solía llegar Mac'kay, pasando tal cual noche de empresario á actor para dar su *Sullivan*, aquel *Sullivan* tan malo que antaño arrancara del pecho de nuestras entusiastas damas las flores, en las noches de triunfo del buen mozo, cuando salía media cazuela enamorada de él.

Pero luego Mac'kay, herido á su vez por una mujer, después de haber tenido tantas dominadas por su hermosura simpática, herido para siempre, no volvió.

En cambio invadió á San Felipe, interrumpiendo la tranquila sucesión de los beneficios de Cubas y Carmona con su sogá y su caldero, otra compañía de afuera que logró sostenerse un tiempo, quizá en razón de su originalidad.

La constituían la señora Trillo, la señora Quesada, el señor Trillo, el señor Quesada, los hijos de la señora Trillo y los hijos de la señora Quesada.

Y aquí fué el repetir «Las dos princesas,» «Pepe Hillo,» zarzuela tauromáquica con ribetes de sentimental y «El sacristán de San Justo.»

Verdad y que el repertorio no era ni variado ni abundante. Pero el buen público no pedía más.

Luego toda la generación Trillo-Quesada se marchó á Valparaiso donde á poco de llegar se incendió el teatro.

Quizá lo incendió el público. Pero esto no está bien averiguado.

Finalmente como todo pasa y todo desaparece, (tal vez de aquel tiempo no quede más que la boá de don Juan Antonio Tavolara) se concluyó aquello; Oliva riñó con la Linares y renunció á dar los famosos «*Madgyares*,» dejando sólo el recuerdo. Cubas desapareció definitivamente y hasta fueron escaseando los beneficios de Carmona, invadido el viejo teatro por el arte nuevo, las funciones á tanto la hora, suministradas por raciones prudentes como el vino á los pupilos de colegio.

Y así desalojaron la vieja «*Casa de campo*,» y los las monólogos de Carmona.

Al que no desalojaron fué al mismo Carmona, de quien no ha mucho anunció el estreno Torrijos.

¡Es el colmo!

¡Carmona estrenándose! ¡Y en San Felipe!

ARTURO GIMENEZ PASTOR

CAFÉ NINE PINS

Espléndidos almuerzos á 40 centésimos. Comidas á 50 centésimos. Servicio á la carta á 6 centésimos el plato! Jueves y Domingos platos especiales.

Servicio á todas horas.

Dirección de cocina á cargo del maestro italiano D. Francisco Fortunato, hombre famoso si los hay. Servicio esmerado en salones particulares.

